

Pedro Suárez Bores, Premio nacional de Ingeniería Civil del año 2002

MANUEL L. MARTÍN ANTÓN (*)



Madrid. Avenida de la Capital de España, s/n. Palacio municipal de Congresos. Sala "París".

Eran las trece horas del 18 de febrero de 2004. Nos congregábamos allí alrededor de trescientas personas: autoridades y profesionales del mundo de la ingeniería y de la arquitectura, familiares y amigos.

Y allí estabas tú, como centro de atención. Tú y tu eterna sonrisa.

Era el día de la entrega de los Premios nacionales de Ingeniería Civil y de Arquitectura del año 2002.

Y allí volvimos a vernos.

A ti y a mí, Pedro, el mar nos apasiona. Nos ha ocupado y preocupado. Nos ha entretenido. Nos ha agrandado y empuñado. Y ha sido el eje de nuestro tiempo en común.

"Yo amo al mar y le amo no solo por su inmensidad y complejidad, sino por la belleza por él creada en su diálogo con la tierra". Eso nos confesaste aquel día a los trescientos que te escuchábamos. Yo ya lo sabía de antes.

Yo, a Pedro, le conocí en la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid. Hace muchos años. Tantos que me asustan. O sea... unos cuarenta.

Allí resultaba difícil ver y escuchar el mar. Aunque hubieras optado por la especialidad de "Transportes, puertos y urbanismo". Nada. No había manera. Ni siquiera en el laboratorio de puertos. Agua había, pero no era lo mismo. Ni por asomo.

(*) Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Presidente del Consejo de Obras Públicas.



El mar se estudiaba, se evaluaba su energía, su movimiento. Y se admiraba su inmensa fuerza. Pero no se paseaba junto a él, no se le veía, no se le escuchaba. Ni una gota de él te salpicaba.

Puertos y costas...

Pedro fue un gran profesor.

Aún recuerdo las palabras que, al glosar escuetamente su obra, le dedicó Aurelio Hernández Muñoz en aquél 18 de febrero de 2004:

“Como profesor has demostrado una profunda vocación por enseñar, hacer partícipes a todos los alumnos de tus conocimientos. No solo has transmitido tus conocimientos, te has dado a ti mismo. Has logrado especializar las materias que impartes, has llevado a tus alumnos desde la introducción a la temática, al aprendizaje y a la preparación para la investigación. Has hecho escuela.

Has enriquecido intelectualmente a tus alumnos, les has sabido plantear los problemas, las preguntas a hacerse, y les has llevado a soluciones actuales para el momento que vivimos. Les has enseñado a pensar. Has sabido transmitir tus conocimientos.”

Mi relación con Pedro fue la habitual de alumno a profesor. Siempre sentí interés por su asignatura, que él hacía, aún, más atrayente. Hasta el punto de que, al elegir las correspondientes al doctorado volvimos a vernos. Y siempre saqué buenas notas. Sobresaliente, Pedro, sobresaliente. Esto, sin duda, no quiero ocultarlo, contribuye a mi buen recuerdo de Pedro. Vamos, que ayuda mucho. Condición coadyuvante pero no suficiente.

Lo que no sabía, por aquel entonces, es que años más tarde me tocaría a mí calificarle a él. Cambió el sujeto y

cambió el predicado. Y sacó muy buena nota. Una nota excelente. La suficiente para que, ni más ni menos, se le concediese el Premio nacional de Ingeniería civil del año 2002. Yo tuve la satisfacción personal de ser Presidente del Jurado, por delegación del Ministro de Fomento.

Pedro se convirtió, así, en el primer ingeniero portuario en recibir tal distinción. Y se lo merecía, no cabe duda.

“Un hombre hecho a sí mismo, en contacto con la naturaleza, conocedor del medio, con esfuerzo y dedicación supo definir su destino y marcar su misión en la vida, siempre al lado del medio ambiente como hombre, como profesor, como investigador y como inventor. Una vida dedicada a los puertos con una componente ambiental, componente nunca hasta entonces considerada.”

Así le definía Aurelio en aquel día.

Y se te veía feliz, Pedro, derrochando esa sonrisa tan tuya.

Allí al lado de Miguel Fisac Serna, Premio nacional de Arquitectura del mismo año 2002, formando una pareja en la que si uno honraba al otro, el otro honraba al uno.

Dijo de ti el entonces Ministro de Fomento, tu alumno de los años 70 y luego compañero Francisco Álvarez Cascos, que eras *“maestro de toda una generación de ingenieros y heredero e impulsor de la reconocida tradición marítima española”*.

Y es verdad, Pedro.

La motivación del jurado que te otorgó aquel premio, recalca que se te concedía *“por tu trayectoria como profesor, investigador y proyectista y por el conjunto de tu aportación a la ingeniería de puertos y costas, a través de tus trabajos y estudios sobre las costas españolas, sobre la morfología del litoral y su gestación, el oleaje y las corrientes, a la que has sabido añadir facetas de innovación tecnológica, que te convierten en un pionero mundial en las redes exteriores de prevención de oleaje, en la clasificación y formulación de playas y en el análisis multivariado para cálculos marinos, condiciones todas ellas que ponen de relieve aspectos singulares de entre los sociales, económicos, estéticos y tecnológicos que acompañan a las infraestructuras del transporte marítimo”*.

He tuteado el texto, Pedro, como te has dado cuenta. Y lo he hecho para mantener mi tono epistolar y desde el derecho que me otorga la paternidad de esa parrafada que a mí me correspondió escribir. Una justificación de la concesión del Premio que tiene de bueno y cierto lo que, como tal, de ella se desprende, a pesar de mi burda pluma.

Y cuando te veía allí, ese 18 de febrero de 2004, lo hacía recordando el aula de la Escuela, la pizarra, Pedro, la pizarra... y tú venga que te venga con la dinámica litoral, con tanto entusiasmo que, en algunos momentos, sí que creí que iba a entrar el oleaje por la cristalera.

Lo pasamos bien juntos, Pedro. Tú enseñando y yo aprendiendo. Y los dos conversando. A ti, como a la mayoría de los profesores, no había que darte cuerda. Hablabas sin parar. Yo, simplemente, te seguía el juego de la conversación.

Tengo un imborrable recuerdo de ti, Pedro, pero no me puedo callar algo que llevo dentro y no tengo por menos que reprocharte. Ni una, ni una sola vez, estuve contigo y con Aurelio, en la cuesta de las Perdices, oyéndote hablar de las migraciones en el Paleolítico y el Mesolítico o de la historia del pueblo astur, degustando, como hacíais, un rodaballo salvaje. Y mira que me hubiera gustado. La conversación y el rodaballo, a cual más.

Asignatura pendiente, profesor. Hasta que la apruebe, recibe mi admiración, mi respeto y un abrazo.